



Capítulo uno

Septiembre de 1816
Holbrook Court, residencia del duque de Holbrook
En las afueras de Silchester

Por la tarde

W E ES GRATO ANUNCIAR A SU SEÑORÍA que los caballitos de juguete ya han sido entregados. Los he colocado en el cuarto de juegos para que Su Señoría los inspeccione. Todavía no hay noticias de las niñas.

Raphael Jourdain, duque de Holbrook, se volvió. Había estado atizando un fuego que estaba a punto de extinguirse en la cavernosa chimenea de su estudio. Percibió un tono de cierta reserva en la voz de su mayordomo que indicaba desagrado. O tal vez sería más exacto decir que el tono de Brinkley revelaba el descontento del servicio doméstico en pleno, compuesto por criados ya de cierta edad, ninguno de los cuales se sentía precisamente complacido ante la idea de tener que adaptarse a la presencia de cuatro niñas pequeñas. «Pues bien, que se vayan todos al diablo», pensó Rafe. Como si él hubiera pedido acoger en su mansión a esas jovencitas.

—¿Caballitos de juguete? —dijo una voz que, arrasando las palabras, salió de un profundo sillón a la derecha de la chimenea—. Encantador, Rafe. Encantador. Nunca es demasiado pronto para hacer que esas adorables criaturas se interesen por esas nobles bestias.

Garret Langham, conde de Mayne, levantó la copa hacia su anfitrión. Sus rizos negros estaban en un exquisito desorden, sus comentarios eran arrogantes en exceso y sus modales apenas si disimulaban su creciente ira. En su enfado no había nada personal contra Rafe. Mayne había permanecido en un estado de lenta ebullición durante los últimos meses.

—Por papá y su prole de nenitas *equestriennes* —añadió, tomándose de un trago su bebida.

—¡Cierra la boca! —lo conminó Rafe, pero su enojo era más aparente que real. Lo que ocurría era que, en ese momento, Mayne le resultaba un compañero sumamente incómodo, con sus comentarios venenosos y su humor sombrío. De todas maneras, era lícito suponer que ese péximo humor, provocado por la conmoción de haber sido rechazado por una mujer, se desvanecería en algún tiempo.

—¿Por qué el plural? ¿Por qué varios caballitos? —preguntó Mayne—. Si mal no recuerdo, en la mayoría de los cuartos de juegos hay sólo uno.

Rafe bebió un trago de su brandy.

—No sé mucho sobre niños —respondió—, pero recuerdo claramente que mi hermano y yo nos peleábamos como demonios por nuestros juguetes. Por eso compré cuatro.

Se hizo un silencio momentáneo durante el cual el conde consideró la posibilidad de hacer alguna alusión al hecho evidente de que Rafe todavía echaba de menos a su hermano, muerto hacía ya cinco años. Descartó el impulso. Muy masculino él, no veía ventaja alguna en enredarse en una conversación sensiblera.

—Estás haciendo demasiado por esas huérfanas —dijo en cambio—. La mayoría de los tutores se quitan de en medio a sus pupilos. Después de todo, no son de tu propia sangre.

—No hay cantidad de juguetes en el mundo que les pueda compensar por su situación —respondió Rafe, encogiéndose de hombros—. Su padre debió haber pensado en sus responsabilidades antes de montar un semental a medio domar.

La conversación se acercaba peligrosamente al tipo de emociones que había que evitar a toda costa, de modo que Mayne saltó de su asiento.

—Echémosle entonces una ojeada a los caballitos. No he visto uno en muchos años.

—De acuerdo —asintió Rafe, dejando su copa en la mesa con un agudo tintineo—. Brinkley, si llegan las niñas, llévelas arriba: las recibiré en el cuarto de juegos.

Algunos minutos después los dos hombres estaban en medio de una amplia estancia del tercer piso, pintada con abigarrados murales con escenas de cuentos de hadas. El malvado lobo feroz persiguiendo a Caperucita Roja, quien estaba seguramente en peligro de ser aplastada por el gigante que daba zancadas al otro lado de la pared, levantando amenazadoramente su pie sobre el edredón de plumas de la cama, que ostentaba un inmenso guisante verde bordado. La habitación era lo más parecido al escaparate de una juguetería de Bond Street. Cuatro muñecas con pelo dorado y rizado estaban remilgadamente sentadas sobre un banco. Cuatro camitas para las muñecas se apilaban una sobre otra, junto a cuatro mesitas, sobre las cuales había cuatro cajas sorpresa. En medio de todo aquello estaba el grupo de caballitos, que lucían crines auténticas y cuya altura casi alcanzaba la cintura de un adulto.

—¡Santo cielo! —exclamó Mayne.

Rafe dio unas zancadas en la habitación y pisó la mecedora de uno de los caballos, que hizo crujir con su vaivén el piso de madera. Una puerta en un extremo de la habitación se abrió y una mujer rolliza con mandil blanco asomó la cabeza.

—Ah, es usted, Señoría —saludó con una radiante sonrisa—. Estamos esperando a las niñas. ¿Le gustaría conocer a las nuevas empleadas ahora?

—Hágalas pasar, señora Beeswick.

Cuatro chicas jóvenes entraron en la habitación detrás de la mujer.

—Daisy, Gussie, Elsie y Mary —las presentó el ama de llaves—. Son del pueblo, Señoría, y están encantadas de

trabajar en Holbrook Court. Estamos todas ansiosas esperando la llegada de los pequeños querubines.

Las muchachas se habían alineado a ambos lados de la señora Beeswick, sonriendo y haciendo reverencias.

—¡Santo cielo! — repitió Mayne—. ¿Ni siquiera compartirán una criada, Rafe?

—¿Por qué deberían hacerlo? Mi hermano y yo tenemos tres niñas para los dos.

—¿Tres?

—Dos para mi hermano desde que se convirtió en duque a la edad de siete años, y una para mí.

Mayne resopló.

—Éso es absurdo. ¿Cuándo fue la última vez que viste a lord Brydone, el padre de tus pupilas?

—No lo vi durante muchos años —respondió Rafe, tomando una caja sorpresa y presionando la palanca para que se abriera con un fuerte chirrido—. Todo se arregló por correspondencia: me mandó una nota y yo acepté su propuesta.

—¿Y ni siquiera has visto a tus propias pupilas?

—Nunca. No he cruzado la frontera en muchos años, y Brydone sólo iba a Ascot, Silchester y, a veces, Newmarket. Para ser sincero, no creo que le importara realmente lo más mínimo otra cosa que no fueran sus cuadras. Ni siquiera se molestó en inscribir a sus hijas en el *De-brett's*. Por supuesto, como tuvo sólo niñas, no había ninguna duda en lo que respecta a la herencia. Su propiedad pasó a algún primo lejano.

—¿Por qué demonios...? —Mayne miró a las cinco mujeres alineadas en un lado de la habitación y se interrumpió.

—Él me lo pidió —explicó Rafe, encogiéndose de hombros—. No lo pensé dos veces. Aparentemente, Monkton era el más indicado, pero murió el año pasado. Y Brydone me pidió que ocupara su lugar. ¿Quién habría imaginado que algo pudiera ocurrirle a Brydone? Fue un terrible accidente el que ese caballo le tirara al suelo. Aunque él también fue muy imprudente al montar un se-mental a medio amansar.

—¡Que me condenen si consigo imaginarte como padre! —exclamó Mayne.

—No tenía ninguna excusa para negarme. Tengo dinero como para criar a varios niños. Además, Brydone me regaló a *Starling* por haber aceptado ser el tutor de las niñas. Apenas recibí su propuesta le respondí que me haría cargo, y que no hacía falta ningún soborno. Pero él me envió a *Starling* desde Escocia, y nadie en su sano juicio se hubiese negado a añadir ese caballo a su cuadra.

—*Starling* es hijo de *Standout*, ¿no?

Rafe asintió con la cabeza.

—El hermano de *Patchem* —dijo—. El núcleo de la cuadra de Brydone proviene de *Patchem*, y éstos son ahora los únicos caballos en Inglaterra de la misma estirpe que *Patchem*. Espero que *Starling* gane el Derby el próximo año, aun cuando descienda de *Standout* y no del mismo *Patchem*.

—¿Qué pasará con los vástagos de *Patchem*? —quiso saber Mayne, hablando con aquella intensidad especial que reservaba para los caballos—¿Con *Wanton*, por ejemplo?

—No lo sé todavía. Evidentemente, los caballos de carreras no forman parte del patrimonio familiar. Mi secretario ha estado trabajando en la propiedad. Si las niñas se quedan con la cuadra, enviaré los caballos a subasta y pondré el dinero en depósito para ellas. Ellas necesitarán dote algún día y mucho me sorprendería que Brydone se hubiera ocupado del asunto él mismo.

—Si *Wanton* sale a la venta, yo quiero comprarlo. Pagaría miles de libras por él. No podría haber añadido mejor a mi cuadra.

—También haría maravillas en la mía —estuvo de acuerdo Rafe.

Mayne había encontrado un grupo de caballitos de hierro fundido amontonados y los estaba ordenando para que cada carruaje fuera tirado por pares iguales.

—Qué bien que están éstos. —Había colocado todos los animales de hierro fundido y sus carruajes formando una fila sobre la repisa de chimenea—. Espera a que tus

pupilas vean estos caballitos. Ni se acordarán de Escocia. Es una pena que no haya ningún niño entre ellas.

Rafe se limitó a lanzarle una mirada. El conde era uno de sus amigos más queridos, y siempre lo sería. Pero había estado siempre entre algodones, sin haber sido expuesto nunca de ninguna manera al dolor. Rafe sabía muy bien qué significaba sentirse solo en medio de un acogedor cuarto de juegos y los caballitos de hierro fundido no serían de gran ayuda, por más que él hubiera comprado muchos. Como si los juguetes pudieran reemplazar a un padre muerto.

—No creo que tú...

Detrás de él, la puerta se abrió. Se detuvo y se volvió.

Brinkley se colocó a un lado con más agilidad de la habitual en él. No todos los días dejaba uno al amo mudo ante la sorpresa.

—Me complace anunciar a la señorita Essex, a la señorita Imogen, a la señorita Annabel y a la señorita Josephine. —Luego añadió, incapaz de resistirse a recalcar lo evidente—: Las *niñas* han llegado, Excelencia.